



DON DIEGO DEL CASTILLO.

Refiérense los amorosos lances y reñidas pendencias que tuvo este caballero en defensa de su dama.

PRIMERA PARTE.

Una risueña mañana
 de mayo alegre y florido,
 sobre un hermoso caballo
 á divertirme he salido
 al campo con la escopeta,
 y en la caza entretenido,
 entre unos montes buscaba
 ya al cobarde conejillo,
 ya á la liebre corredora,
 ya á la perdiz en su nido.
 Salió una volante garza,
 la escopeta al rostro aplico,
 pongo el punto, y disparando,
 al estruendo del traquido,
 rodó la garza difunta:
 y en aqueste tiempo mismo
 reparo que se levanta
 de entre unos espesos mirtos
 una bellísima dama,
 que dormía en este sitio,
 la cual despertó asustada,
 y con varoniles brios
 encarando una escopeta,
 de aquesta suerte me dijo:
 caballero, retiraos,
 si os llegais á aqueste sitio,
 mirad que en aqueste incendio
 está vuestro precipicio.

Yo que la vi tan resuelta,
 la dije: hermoso prodigio,
 adonde están vuestros ojos,
 sobran los riesgos crecidos.
 Segura podeis estar,
 que por la cruz que me ciño,
 juro á ley de caballero,
 de no agraviaros; y digo,
 que os ampararé, si fuere
 necesario. Y al proviso
 con la voz mas sosegada
 de aquesta suerte me ha dicho:
 escúchame atento un rato,
 y verás como te digo
 la causa de mis pesares,
 y de hallarme en este sitio.
 En la ciudad de Plasencia,
 de nobles padres y ricos
 nací, y á los quince abriles
 de mis años tan floridos,
 quiso mi padre casarme
 con un caballero, hijo
 de un amigo de mi padre;
 yo lo resistí al proviso,
 diciendo que el tal mancebo
 no era del agrado mio.
 Y viendo mi padre el caso,
 airado y enfurecido

me encerró en un aposento,
dándome grande castigo.
La causa porque no quise
casarme con quien te digo,
fue, que tenía, señor,
entregado el amor mio
á un Capitan de caballos,
valeroso, noble y rico.
Fue el suceso, que á Plasencia
con su compañía vino
este Capitan valiente,
y una mañana me vido:
hizome una cortesía,
correspondí con cariño.
Tuve un papel de su mano,
con gran discrecion escrito,
que en breves cifras decia:
tuyo seré, dueño mio,
si el cielo me lo concede,
como se lo ruego y pido;
pues desde el punto que os ví,
á tus ojos muero y vivo.
Yo que estaba aficionada,
en otro papel le envío
á decir que estimo mucho
sus afectos y cariños,
y que me tiene muy pronta
á su mandado y servicio.
Se lo envié, y desde entonces
nos adorábamos finos.
Tuve lugar de escribirle
á Don Diego del Castillo,
que asi se llama mi amante,
dándole de mi conflicto
cuenta larga y por estenso.
Tomó el papel, y encendido
en ira, cólera y rabia,
al punto me ha respondido:
mucho siento, prenda amada,
vuestro quebranto y el mio;
pero si me dais licencia,
yo os sacaré del peligro.
Recibí el papel, y viendo
sus renglones bien sentidos
estaba, cuando mi padre
en el cuarto se ha metido.
Viome leyendo el papel,
quitómelo de improviso,
y viendo lo que contiene,

lleno de enojo me ha dicho:
infame, cruel, aleve,
por esto tú no has querido
obedecerme, ni hacer
mi voluntad. Vive crispo,
que has de hacer lo que te mando,
ó con este acero limpio
he de quitarte la vida.
Yo viéndole enfurecido,
temerosa de su enojo,
le dí palabra al proviso
de obedecerle y casarme;
y mi padre al punto hizo
que le avisaran al padre
de mi esposo fementido.
Vino al instante, y los dos
con fiesta y con regocijo
capitularon las bodas,
y mi pecho enternecido
solo esperaba el socorro
del amante y dueño mio;
mas no quiso la fortuna
que lograra aqueste alivio.
Fue pues que llegó una orden
á Don Diego del Castillo,
que luego al instante marche;
obedecer fue preciso,
sin poderse despedir;
solo á una criada dijo:
dile, moza, á tu señora,
que he de perder el juicio,
porque me ausento sin verla;
pero que es caso preciso,
que le escribiré yo luego
que dé fin á mi camino.
Oí sonar los clarines,
y mirando tal bullicio,
la criada me dió parte
de todo lo referido;
quedé helada, quedé muerta
con un pesar tan crecido.
A este tiempo entró mi padre,
diciendo muy desabrido,
que al otro dia me casan,
pues todo está prevenido.
No sé como aquella noche
no ejecuté un desatino:
pero qué mayor locura,
que juntando mis vestidos,

joyas, galas y dinero,
salirme por el postigo
de mi casa, sin saber
lo que me hacia, y camino
hasta llegar á este monte,
donde estoy á tu servicio,
suplicándote rendida,
por amor de Dios divino,
ampares á esta infelice
sobre cuantas tiene el siglo.
Admirado de escucharla,

SEGUNDA PARTE.

Al instante que llegó
á la ciudad de Toledo
Don Antonio con la dama,
le escribió á su amigo y deudo,
dándole cuenta de todo,
diciendo: „Señor Don Diego,
no quisiera daros pena,
y no la tomeis, os ruego,
porque acaso son del mundo,
que á cada paso tenemos.
Sabreis por esta, señor,
que una mañana saliendo
á caza, tuve la dicha
de entrar en un monte espeso,
donde abreviando razones,
descubrí el hechizo vuestro,
la paloma que aburrió
su nido, con el deseo
de seguir á su consorte
por alcanzar sus deseos:
muy angustiada y quejosa,
por estorvarle el intento
que tenia de casarse
con vuesa merced; yo viendo
aquella prenda perdida,
y en el campo entre mil riesgos,
y juntamente el pedirme
la amparase, muy contento,
con la decencia debida
la llevé á mi casa luego
con el sigilo que pude.
He sabido que sus deudos
la buscan con vigilancia,
y así en mi casa os espero,

de aquesta suerte le digo:
no te dé pena, señora,
que Don Diego del Castillo
es mi cercano pariente;
con que á mi casa conmigo
vendrás, y le escribiré
este caso sucedido.
A donde la dejaremos
entre llantos y suspiros,
y en otra segunda parte
contaré lo sucedido.

para que vos dispongais
en todo el mejor acierto.”
Vamos ahora á Plasencia,
que estando todo dispuesto
para hacer el desposorio,
se levantó el noble viejo,
fue á visitar á su hija,
y al punto que la echó menos,
con muchas joyas y galas,
afigido y sin consuelo
avisó al padre del novio,
y venidos, dispusieron
buscarla con diligencia,
y los tres juntos salieron.
Corrieron toda Castilla,
y la Estremadura, y luego
la Andalucía alta y baja,
y toda Valencia: y viendo
que no pueden descubrirla,
ya cansados dispusieron
dar la vuelta hácia sus casas.
En este tiempo Don Diego,
como recibió la carta,
caballos buscó al momento,
y con dos amigos suyos
tomó el camino ligero.
Caminaron tres jornadas,
pero en la postrera hicieron
noche en una venta, cerca
de la ciudad de Toledo,
en ocasion que llegaron
á dicha venta los mismos
que á Doña Isabel buscaban,
que era su padre Don Pedro,

Don Agustín que era el novio, y Don Sebastian su suegro. Apenas pues desmontaron, que al capitán vió Don Pedro, les dijo á sus camaradas: viven los divinos cielos, que el que tenemos delante es el infame Don Diego, por cuya causa mi hija hizo tan vil desacierto; y pues ella no parece, y á él delante lo tenemos, muera el villano, pues es causa de mi deshonra y desprecio. Y disparando un trabuco, permitió piadoso el cielo, que errase el tiro, y entonces en defensa se pusieron, armándose en un instante tal alboroto y estruendo, que para abrasar la venta hubo muy sobrado incendio. Al rigor de las pistolas fue mal herido Don Pedro, padre de Doña Isabel, y tambien un compañero de los que Don Diego lleva, y por verse tan sangrientos, y tan cansadas sus fuerzas, ambos dejaron el duelo. Viendo Don Diego á su amigo tan mal herido en el suelo, y mirando sus contrarios tan mal tratado á Don Pedro, bramando de ira y corage, todos cuatro se embistieron, desnudando las espadas, fuera al campo se salieron dos para dos, peleando brazo á brazo y cuerpo á cuerpo: Don Diego y Don Agustín se embisten como guerreros, y Don Sebastian su padre con el otro compañero. Don Diego á Don Agustín dejó caer en el suelo de dos fuertes estocadas, que lo dejó casi muerto;

los otros dos valerosos, iguales en el esfuerzo, mal heridos y cansados, treguas los dos se pidieron. Y Don Agustín entonces dijo: detente, Don Diego, no me acabes de matar, pues por tuyo el campo dejo. Al ruido de las armas llegan unos pasajeros, acaban de soségarlos, las amistades se hicieron, llevando los cinco heridos á la ciudad de Toledo en casa de Don Antonio. Apenas entraron dentro, y á Doña Isabel hallaron, se quedaron los tres hiertos: ¡ó quién pudiera pintar el gusto y el sentimiento, la tristeza y alegría, el regocijo y tormento que sintió Doña Isabel, viendo entrar á un mismo tiempo tan mal herido á su padre, á su amante tan contento, tan mortal á su enemigo, y vencedor á su dueño! considérelo el curioso, que yo lo dejo al silencio. En fin mientras se curaron con cuidadoso desvelo, tuvo parte el Arzobispo, el cual procuró al momento confirmar las amistades, y lo consiguió en efecto. Y sanos ya los heridos, disponen el casamiento, dándole á Doña Isabel por esposo á su Don Diego; y Don Agustín pagado de la hermosura y aseo de Doña Teresa, hermana del Capitán, dispusieron casarlos con regocijo, con júbilos y contentos, quedando todos gustosos, dando mil gracias al cielo.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18.